Francesco Fiumara

Johns Hopkins University

Emilio Renzi entre ilusión y desengaño: Optimismo intelectual y constricciones sociales en
"La loca y el relato del crimen" de Ricardo Piglia

*En esta época nuestra, tan caótica, hay algo que,
humildemente, ha mantenido las virtudes clásicas: el
cuento policial. Ya que no se entiende un cuento policial sin
principio, sin medio y sin fin.*

Jorge Luis Borges, 16 de junio de 1978

No es nada fácil describir con suficiente aproximación la difusa sensación de malestar que el desocupado lector experimenta tras acabar la lectura de aquel hermoso, gallardo y discreto pequeño hijo del entendimiento engendrado por Ricardo Piglia hace ya un cuarto de siglo y titulado muy escuetamente "La loca y el relato del crimen."¹ Se siente muy incómodo, pero esto no lo explica todo. La historia de Emilio Renzi y de su desesperado intento de revelar el verdadero culpable de un asesinato despierta en él aprensión e inquietud. El espectro de una existencia monótona y totalmente vinculada a la voluntad ajena se le hace patente en toda su dramaticidad. Percibe claramente que la infinita repetitividad de las palabras y de los gestos representa un círculo vicioso del cual es prácticamente imposible escaparse. Duda de que todos los intentos de modificar — aún ligeramente — el precario equilibrio social en el que se ve involucrado representen un callejón sin salida. Teme finalmente que detrás de la derrota de Renzi esté su propia derrota.

Emilio Renzi es un lingüista frustrado que se gana la vida escribiendo breves reseñas literarias para el diario *El Mundo*. A pesar de su aspecto "concentrado y un poco metafísico" (127), su vida es tan aplanada que parece el reflejo de aquel "desolado panorama literario nacional" (127) con el que tiene que tratar a diario y que — en el fondo — es lo le da de comer. El mundo de Renzi es un mundo cerrado y sin perspectivas concretas de cambio; es un mundo ideal y melancólico totalmente alejado de la realidad. Renzi no parece ni percatarse de que, como la lingüística, también la realidad en la que vive y desenvuelve su ocupación tiene sus propias leyes y equilibrios, los cuales — aún modificables — representan valores concretos y absolutos. Renzi no llega a advertir la enorme fuerza coercitiva que le rodea hasta el día en el que "el viejo Luna" (127, *passim*) — el director o uno de los jefes de redacción del periódico para el que trabaja (el detalle no tiene la más mínima importancia)— le manda cubrir la información del asesinato de una copera en un piringundín, un dancing de un barrio marginal de Buenos Aires — "porque pensó que obligarlo a mezclarse en esa historia de putas baratas y cafishios le iba a hacer bien." (127)

El caso no parecía alejarse de lo rutinario. Habían encontrado a la mujer cosida a puñaladas a la vuelta del New Deal; el único testigo del crimen era una pordiosera medio loca que decía llamarse Angélica Echevarne. Cuando la encontraron acunaba el cadáver como si fuera una muñeca y repetía una historia incomprensible. La policía detuvo esa misma mañana a Juan Antúnez, el tipo que vivía con la copera, y el asunto parecía resuelto. (127)

"El viejo Luna" tampoco tenía mucho interés en ello. A Luna lo único que le importaba era que la noticia — la redactase quién la redactase — tuviese algún atractivo para los lectores de *El Mundo*. "Trató de ver si podéis inventar algo que sirva — le dijo el viejo Luna —. Andáte hasta

el Departamento que a las seis dejan entrar al periodismo” (127)

Efectivamente, en el Departamento de policía la indolencia de Renzi inesperadamente desaparece. Mientras la fanfarronería y la hueca insolencia del único compañero presente, “un tal Rinaldi, que hacía crímenes en el diario *La Prensa*” (127), le indignan, las escuetas palabras del acusado proclamando su inocencia se le clavan como espadas. Se siente incómodo. Siente que aquel hombre le está pidiendo ayuda y que él no le puede — no le debe — decepcionar. Si para Rinaldi, así como para la policía, el caso no tiene misterio — Antúnez mató a la copera — Renzi recupera todo su entusiasmo para probar el contrario. No acaba de entender cómo todo el mundo haya podido pasar por alto el único testimonio disponible: la declaración de la loca que sigue repitiendo el mismo, incomprensible discurso desde el momento en que la encontraron. Su orgullo de lingüista le empuja a descifrar el mensaje encerrado en aquellas palabras aparentemente sin sentido.

— Tal vez está tratando de hacerse entender.

— ¿Quién? ¿Esa? Pero no ve lo rayada que está — dijo [Rinaldi] mientras se levantaba de la butaca —. ¿Viene?

— No. Me quedo. (129)

Renzi escucha a la loca una y otra vez; la graba; transcribe y analiza todas sus palabras. Cuando, tras un escrutinio meticuloso, consigue encontrar los operadores lógicos que rigen el discurso psicótico de la mujer, la sensación de que Antúnez es inocente se convierte en certeza.

- Tengo las pruebas de que Antúnez no mató a la mujer. Fue otro, un tipo que él nombró, un tal Almada, el gordo Almada. (129)

Renzi está eufórico. Su hallazgo representa el triunfo de su formación académica sobre su oscura labor periodística. Hasta “el viejo Luna” tiene que reconocer sus méritos. Sólo habrá que vencer su natural desconfianza.

— ¿Qué me contás? — dijo Luna, sarcástico —. Así que Antúnez dice que fue Almada y vos le creés.

— No. Es la loca que lo dice, la loca que hace diez horas repite siempre lo mismo sin decir nada. Pero precisamente porque repite siempre lo mismo se la puede entender...

— Decíme pibe — dijo Luna lentamente —. ¿Me estás cargando?

— Espere, déjeme hablar un minuto.... (130)

A pesar de sus miradas impresionadas, el interés del viejo periodista es más bien escaso. Su actitud es cinica y agresiva:

— Che, pero qué bárbaro. ¿Eso lo aprendiste en la Facultad?

— No me joda.

— No te jodo, en serio te lo digo. ¿Y ahora qué vas a hacer con todos estos papeles? ¿La tesis? (131, subrayado mío)

“El viejo Luna”, por supuesto, sabe perfectamente que Renzi aspira a que *El Mundo* publique el resultado de su investigación; pero quiere que sea él mismo quien se lo diga. Renzi no tarda mucho en declarar su propósito. La respuesta de Luna está presidida por una amarga

sonrisa cuyo significado va más allá de la situación concreta.

— Tranquilizáte pibe. ¿O te pensás que este diario se dedica a la lingüística? (131)

Aún teniendo el violentísimo efecto de un jarro de agua fría, el comentario de Luna no desanima al joven lingüista; Al contrario: le empuja a defender con más fuerza su argumentación. Renzi está tan ensimismado que no capta la indirecta. Así que a Luna no le queda más remedio que hacerle entender muy explícitamente que hay unos poderes (entre ellos la policía) con los cuales no es aconsejable buscarse problemas: nunca.

— ... Si ellos te dicen que [a la copera] la mató la Virgen María, vos escribís que la mató la Virgen María. (131)

Sólo ahora Renzi se da cuenta de que ha chocado con algo más que el pudor y la reticencia argentinas. Sólo ahora siente toda la fuerza coercitiva de la realidad que está viviendo. La breve ilusión intelectual y su fracaso le han hecho comprender que hay una relación muy estricta entre la sociedad y el poder. Tras un momento de incertidumbre, su reacción es firme y absoluta. Frente a la manipulación estatal de las realidades posibles, el personaje de Piglia decide anteponer su propia manipulación dando forma literaria a su descubrimiento. Convencido de que (como afirmará Héctor Tizón unos años más tarde) “la literatura de ficción no es más que el arte de narrar en forma inexacta un hecho verdadero” (TIZÓN: solapa) Renzi se sienta frente a la máquina de escribir, pone un papel en blanco y empieza a redactar su propia versión (tal vez más interesante que la verdadera) de la historia de Antúnez y de la copera Larry en la que — como en la historia real — el misterio sólo puede ser descubierto por obra de una inteligente y perspicaz operación intelectual. Tal vez se trate de una actitud eminentemente burguesa; tal vez sea verdad que, como le declaró Rodolfo Walsh al mismo Piglia, “la denuncia traducida al arte de la novela se vuelve inofensiva, no molesta por nada, es decir se sacraliza como arte” (WALSH: 19); pero también es cierto que hay situaciones en las que una novela de tema social (o, como en el caso que nos interesa, un cuento) representa la única solución viable frente a la circularidad del silencio y del olvido.

Notas

¹ “La loca y el relato del crimen.” fue uno de los cinco cuentos ganadores del Primer Certamen Latinoamericano de Cuentos Policiales organizado por revista *Siete días* en 1975. Los textos premiados se publicaron juntos ese mismo año en el volumen misceláneo *Misterio 5* (Buenos Aires: Abril, 1975). El cuento de Piglia volvió a editarse seis años más tarde en la antología de J. Lafforgue y J. B. Rivera: *El cuento policial* (Buenos Aires: CEAL, 1981) y finalmente, en 1988, en una colección de cuentos de su autor: *Prisión perpetua* (Buenos Aires: sudamericana). Todas las citas del texto se harán por esta edición.

Obras Citadas

BORGES, Jorge Luis. “El escritor argentino y la tradición.” En *Discusión*. Buenos Aires: Emecé, 1964.

--- “El cuento policial.” En *Borges Oral*. Buenos Aires: Emecé, 1979.

PIGLIA, Ricardo. “La loca y el relato del crimen.” 1975. En *Prisión perpetua*. Buenos Aires:

Editorial sudamericana, 1988: 123-132.

RIVERA, Jorge B. "El relato policial en la Argentina." En Giuseppe Petronio, Jorge B. Rivera y Luigi Volta. *Los héroes difíciles: Literatura policial en la Argentina y en Italia*. Buenos Aires: Corrigidor, 1991: 59-83.

SPERANZA, Graciela. *Primera persona: conversaciones con quince narradores argentinos*. Barcelona: Norma, 1995.

TIZÓN, Héctor. *El traidor venerado*. Buenos Aires: Editorial sudamericana, 1978.

WALSH, Rodolfo. "Hoy es imposible en la Argentina hacer literatura desvinculada de la política." Reportaje de Ricardo Piglia [marzo de 1970]. En *Un oscuro día de justicia*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1973.